Nadie ignora, sin embargo, que cada lengua tiene su acento, que cada lengua suena a su manera. Percibimos inmediatamente el acento de las gentes cuyo modo de hablar es diferente del nuestro. El acento que menos conocemos es el que nosotros mismos usamos. Tan difícil es percibir el acento de la lengua materna como oír el timbre de la propia voz.

No hay que pensar que el castellano, como muchos creen, se hable sin tonillo o dejo de ninguna clase. El acento español es tan evidente para el oído francés, por ejemplo, como el francés para el oído español. El acento es el indicio más auténtico por el cual descubrimos la naturaleza de una persona, y es, asimismo, lo primero que a nosotros nos declara y define ante los demás.

Se comprende que en la opinión que se tenga del acento de una lengua extranjera, dado el carácter subjetivo de estas impresiones, influyan los hábitos eufónicos a que cada uno se halle acostumbrado por la prosodia de su propio idioma. También es posible que, traspasando al campo lingüístico impresiones de otro carácter, influyan en el concepto del acento de cada lengua actitudes de simpatía o desafecto motivadas por las relaciones políticas entre unos pueblos y otros. En todo caso, no parece que deba atribuírse mucha importancia a estas influencias. Dentro de ciertas discrepancias de valor secundario, las cualidades esenciales del acento de cada lengua son reconocidas y apreciadas de manera semejante por personas de países e idiomas dis-

tampoco trató del acento, reduciéndose a exponer su artificiosa teoría sobre la cantidad silábica.

tintos. Lo que dijo nuestro compatriota Eximeno de la riqueza musical del italiano, de sus vivas y variadas inflexiones y de su desbordante sonoridad ², coincide con lo manifestado acerca de esa misma lengua por escritores franceses, ingleses, daneses, etc. Sobre el español, como veremos después, han expresado asimismo opiniones coincidentes las gentes más diversas.

Por sus propias cualidades acústicas, los sonidos del lenguaje y las combinaciones que con ellos se forman producen en nuestro oído impresiones diferentes. En el fondo, la estética del sonido articulado podría ser considerada dentro de la estética musical. No fué una invención arbitraria del simbolismo poético asignar a cada vocal o consonante determinada aptitud expresiva. Aristóteles recomendaba especialmente a los poetas tener en cuenta el valor ingénito de los sonidos del lenguaje. Juan de la Cueva, Cascales y otros muchos entre nosotros, hasta en libros muy recientes, han dado sobre este punto indicaciones particulares que sería interesante comparar entre sí.

Por efecto natural de esta virtud de los sonidos, las palabras, al lado de su significación histórica, poseen la calidad expresiva correspondiente a su composición fonética. En los vocablos onomatopéyicos ambos elementos se corresponden entre sí. Pero el valor acústico de las palabras desempeña su papel expresivo aun en los casos en que no ocurre esa correspondencia. Toda palabra, en cierto modo, tiene siempre algo de onomatopeya. Aun cuando creamos atender solamente a su

² A. DE EXIMENO, Del origen y reglas de la música, Madrid, 1796, III, págs. 165 y sigs.

valor ideológico, las palabras nos hacen percibir al mismo tiempo el sentido implícito en sus formas sonoras.

La trama habitual v ordinaria de las inflexiones del tono, de la fuerza espiratoria v del compás de la elocución, completa el efecto de los sonidos en lo que se refiere a la expresividad de la forma fonética de las palabras o, como se ha dicho, a la magia evocativa de su esencia musical. Verdad es que por terreno tan resbaladizo puede caerse con facilidad en el desvarío de la lingüística funambulesca, desvarío que Pérez de Ayala representó admirablemente en la ingeniosa figura de su Belarmino, Exagerados unas veces y desatendidos de ordinario, a la fonología moderna corresponde estudiar metódicamente estos hechos, sobre cuva realidad innegable el concepto del acento de cada lengua alcanza en sustancia unanimidad general por encima de las diferencias circunstanciales que en su estimación puedan influir.

En España los idiomas de cuyo acento suele hablarse con más frecuencia, aparte de lo que se dice de las mismas lenguas y dialectos hispánicos, son el francés, italiano, inglés y alemán. Al italiano se le considera musical, armonioso y vehemente; al francés se le elogia por su forma conversable, refinada y flexible; el inglés parece apagado, siseante e impreciso, y al alemán se le juzga áspero y duro.

La opinión común ha dado formas pintorescas a estas impresiones, como se ve en el viejo dicho atribuído a Carlos V y ya citado por Capmany y Forner, según el cual el inglés es lengua para hablar con los pájaros, el italiano para tratar con las damas, el francés para conversar con los hombres y el español para dirigirse a

Dios. Una coplilla de tradición escolar, insistiendo en estos mismos conceptos, dice:

Silbido es la lengua inglesa, canto armonioso la hispana, conversación la francesa y un suspiro la italiana.

Hace poco, Unamuno, hablando del inglés insular, le llamaba susurro marino. En cuanto al alemán, las alusiones con que suele figurar en los dichos citados, le atribuyen de ordinario crudeza semejante a la notada por el emperador Juliano en los cantos guerreros de los primitivos germanos.

Respecto al español, ¿cuál es en realidad el carácter de su acento? ¿Qué rasgos le distinguen entre los acentos de las demás lenguas? ¿Podemos nosotros definir su composición y opinar con imparcialidad acerca de sus cualidades estéticas?

Toda lengua es grata, dulce y armoniosa para quien la habla como idioma natal. Las palabras de prosodia más abrupta suenan eufónicamente en los oídos de quienes las aprendieron de los labios maternos. Para los naturales de un idioma las palabras despiertan múltiples resonancias aparte de las que corresponden propiamente al efecto acústico de los sonidos. En *Persiles y Sigismunda*, cuando los extraviados aventureros, después de días angustiosos, llegan a una costa donde oyen hablar español, exclama emocionado uno de ellos: "Pues el cielo nos ha traído a parte que suene en mis oídos la dulce lengua de mi nación, casi tengo ya por cierto el fin de mis desgracias." (Lib. I, cap. XI.)

En los elogios que la lengua española ha recibido en

diferentes ocasiones de algunos de nuestros escritores, rara vez se alude concretamente a las cualidades del acento. Se fundan por lo general dichos elogios en sentimientos patrióticos, en consideraciones históricas y en aspiraciones políticas o culturales, más bien que en la apreciación especial de las condiciones y recursos de la lengua misma. Aunque participemos del fervor y entusiasmo de estas alabanzas y admiremos además la elocuencia con que muchas de ellas fueron escritas, no podemos menos de reconocer que las virtudes que ensalzan no pueden ser señaladas como privilegio de nuestro idioma. ¿Quién no hallará en su propia lengua, como Forner elogiaba en la nuestra, majestad para las cosas grandes, sencillez para las familiares, ternura para las amorosas, etc.? ³

Donde se encuentra la información más interesante e instructiva y los juicios que podemos considerar más imparciales sobre el carácter del acento español es en los escritores extranjeros. Numerosos literatos, profesores y viajeros de diferentes países han declarado el efecto que les ha producido oír hablar nuestra lengua. La imagen de nuestro acento, que no podemos apreciar en nosotros mismos, nos la da, reflejada, el oído de las gentes de otros idiomas.

Coinciden la mayor parte de las manifestaciones de

³ Los elogios en que dentro de este estilo se habla con mayor elocuencia de las cualidades del español son los de Fernando DE HERRERA, Anotaciones a Garcilaso, Sevilla, 1580; BERNARDO DE ALDRETE, Del origen y principio de la lengua castellana, Roma, 1606; Juan Pablo Forner, Exequias de la lengua castellana (1782), y Emilio Castelar, Discurso de ingreso en la Academia Española (Memorias de la Academia, tomo VI, Madrid, 1889).

estos autores en señalar en el acento español tres rasgos principales: sonoridad, aire varonil y tono de dignidad.

Con relación al primero de estos rasgos dijo el americano Richard Ford que el lenguaje español, por su riqueza, sonoridad y flexibilidad es en sí mismo como una especie de verso libre ⁴. Otro americano, Hillard, 1850, cuenta que en una asamblea celebrada en Roma en que se hablaron hasta unas sesenta lenguas diferentes, el español sobresalió entre todas por su sonoridad y belleza prosódicas ⁵. El filólogo sueco F. Wulff escribió que en su opinión la lengua española es la más sonora, armoniosa, elegante y expresiva entre los idiomas románicos ⁶. Más terminante aún el inglés Borrow, dijo que el español es la lengua más sonora que existe ⁷.

El fundamento de esta cualidad se halla, sin duda, en el carácter de las vocales españolas y, sobre todo, en el de los tipos de esas mismas vocales que la lengua usa con mayor frecuencia. El timbre de las vocales más usadas determina el matiz predominante en el color del acento.

Sobre la base común del latín, cada una de las lenguas romances ha elaborado un sistema vocálico diferente. Entre las vocales latinas el español se inclinó con señalada preferencia por las más abiertas y de mayor

⁴ R. FORD, Reseña de Ancient Spanish Ballads de Lockhart en The Edinbourgh Review, 1841, LXII, 43.

⁵ El texto de Hillard se halla en E. Buceta, La tendencia a identificar el español con el latín (Homenaje a Menéndez Pidal, I, 103, n.).

⁶ F. Wulff, Un chapître de phonétique, en Recueil de mémoires philologiques présenté à Gaston Paris, Stockolm, 1889, pág. 216.

⁷ G. Borrow, La Biblia en España, trad. M. Azaña, Madrid, I, 53.

perceptibilidad, y además simplificó y estabilizó el sonido de cada vocal concentrándolo en su forma más pura. La a es el más frecuente de los sonidos españoles, tanto vocales como consonantes. A la a siguen, sucesivamente, la e y la o. Estas tres vocales, las de mayor alcance sonoro, son los tres sonidos básicos de la fonología española. Las vocales débiles, cerradas, i, u, se usan en proporción mucho menor. La frecuencia de la u sólo representa, aproximadamente, el 2 % en el uso ordinario de los sonidos, y la de la i el 4 %, en tanto que la a alcanza el 12, la e el 10'15 y la o el 8.

Estas proporciones no se dan en todas las lenguas del mismo modo. En latín las vocales predominantes fueron la e y la i. La a figuraba en tercer lugar. La o por su parte se daba también en proporción inferior a la u. El efecto del conjunto del vocalismo latino, con su abundancia de e, i, u, tuvo que ser necesariamente menos claro y sonoro que el del español.

En italiano, como en latín, la vocal más frecuente es la e. La i se usa en italiano casi en igual proporción que la a y la o. Mientras la proporción de la a es en italiano menor que en nuestra lengua, la frecuencia de la i italiana representa casi el doble de la castellana. La sonoridad prosódica del italiano, dentro de su riqueza musical, aparece, en efecto, limitada por el timbre palatal de la e y la nota aguda y chillona de la i.

La *e* es también en francés la vocal más frecuente, como en italiano y en latín. La *a* se usa en francés más que en italiano, y casi tanto como en español, pero la proporción de la *e* francesa domina considerablemente sobre la de la *a*. El francés tiene menos *i* que el italiano; en cambio, se sirve más de la *u*, aparte de su peculiar

y abundante \ddot{u} . El timbre oscuro de la u y de la \ddot{u} , la abundancia de vocales nasales y el sonido mixto, apagado y frecuentísimo de la e muda, reducen notoriamente la sonoridad del vocalismo francés.

El español no tiene vocales nasales, mixtas ni propiamente relajadas; tampoco hace diferencias tan marcadas como otros idiomas entre vocales largas y breves, ni entre variantes abiertas y cerradas de una misma vocal. La serie vocálica del español es la más clara y sencilla de las lenguas europeas. El instinto eufónico de Castilla, rechazando formas vagas y vacilantes y definiendo desde muy temprano sus preferencias prosódicas, elaboró un vocalismo firme y transparente, que no es sólo fundamento de la sonoridad que los extranjeros admiran en nuestra lengua, sino que además, como ha dicho el señor Menéndez Pidal, constituye el fundamento de la sorprendente uniformidad con que el español mantiene su unidad fonética en todos los países en que se habla ⁸.

Sobre el carácter varonil del acento castellano se encuentran, asimismo, en los escritores extranjeros numerosas referencias. En ellas se hace notar repetidamente que la contextura fonética de dicho acento le permite ser a la vez enérgico y suave, denso y flexible, dulce sin blandura y vigoroso sin dureza. Waldo Frank vería en la combinación de estas cualidades uno de los aspectos

⁸ R. Menéndez Pidal, Prólogo a A Primer of Spanish Pronunciation, de T. Navarro Tomás y Aurelio M. Espinosa, New York, 1926.

ACADEMIA ESPAÑOLA

EL ACENTO CASTELLANO

POR

T. NAVARRO TOMÁS

DISCURSO LEÍDO POR EL AUTOR EN EL ACTO DE SU RECEPCIÓN ACADÉMICA EL DÍA 19 DE MAYO DE 1935

CONTESTACIÓN DE
MIGUEL ARTIGAS FERRANDO





MADRID TIPOGRAFÍA DE ARCHIVOS. OLÓZAGA, I. 1935